



EL DIA MAS DESCOTADO

Ana Mari era muy mona. De nariz y culete, respingona. Un día, porque podía y porque quiso, llegó a la oficina con un hermoso escote y cambió todo el panorama. Un termómetro suficientemente sensible hubiera registrado una elevación de la temperatura ambiente en 0,08 grados centígrados. Ese alza de la temperatura ambiental determinó los siguientes efectos: Los tornillos que sujetaban los paneles de las mamparas se dilataron media décima de micra, en tanto que los taladros rosados en los que se insertaban llegaron a 0,80 de micra. En consecuencia, las roscas de tornillos y taladros volvieron a gozar la sensación, hace tiempo olvidada, del contacto retorcido y directo.

Las ondas caloríficas aumentaron la actividad de los tubos neón en una proporción del 0,5 por 100, produciendo una elevación de una centésima de bujía. Una grieta capilar que corría por el panel de corcho del techo, de rincón a rincón, se cerró, sin que nadie se enterara ni aplaudiera. Igualmente se aceleró la combustión de los cigarrillos, causando un aumento infinitesimal

pero auténtico en las utilidades de la Compañía Arrendataria del Monopolio de Tabacos.

En el terreno laboral, las consecuencias fueron menos ventajosas: El jefe de negociado dictó el triple de cartas a Ana Mari. Pepe, sentado enfrente de ella, volcó el último tintero de la casa y sufrió una aceleración cardíaca de cinco pulsaciones por minuto (Juan, más joven, llegó a ocho). La capacidad de atención de la sección disminuyó en una proporción media del 15 por ciento. Como consecuencia, el jefe llamó a su mujer «chata» y a su querida «querida», suscitando la hilaridad de ambas; Juan no consiguió cuadrar las cuentas, que se quedaron, insubordinadas, toda la tarde en su lugar descanso. Sucedió también que los de las demás secciones sintieron un repentino prurito por visitar la sección de Ana Mari, y acabaron de averiar el eslabón, que tuvo que ser cambiado con un gasto de unas trescientas pesetas...

En fin, laboral y económicamente, fue una jornada desastrosa, pero el escote inesperado, inesperadamente hermoso de Ana Mari, llenó de vida, de calor y de hermosura una tarde de una oficina anónima. Gracias, Ana Mari.

AEMILIUS

